

«PASÓ HACIENDO EL BIEN»

EN MEMORIA DE JAVIER LEACH S. J. (1942-2016)

— Camino Cañón Loyes

— José Manuel Caamaño López
*Cátedra Francisco José Ayala de Ciencia,
Tecnología y Religión*

El pasado 3 de agosto de 2016 nos despertamos con la noticia del fallecimiento del Padre jesuita Javier Leach tras una rápida enfermedad. Al momento nos vinieron a la memoria recuerdos, vivencias y tareas compartidas a lo largo de los años. Pero a la hora de hablar de él, de diseccionar su trayectoria o de destacar algunas de sus múltiples cualidades, siempre nos vienen a la mente aquellas palabras que Pedro decía de Jesús de Nazaret: «pasó haciendo el bien» (Hech 10, 38). Las muestras de pesar, de cariño o afecto que a lo largo de estos meses hemos recibido desde los más variados ámbitos, instituciones o personas, reflejan esa misma percepción común de quienes hemos estado con él en algún momento de nuestras vidas. Porque Javier era muchas cosas, pero quizá lo más importante que se pueda decir de él es que era, sencillamente, una buena persona.

Javier nació en Valencia el 7 de enero de 1942. Fue ordenado sacerdote en 1973 y

pronunció sus últimos votos en la Compañía de Jesús en Zaragoza en 1982. En cuanto a su formación académica realizó la Licenciatura en Filosofía y Teología en Comillas, y en Ciencias Exactas (hoy Matemáticas) en la Universidad Complutense de Madrid (1974). Posteriormente obtuvo el Doctorado en Lógica Matemática en la Universidad de Freiburg im Breisgau (Austria, 1977). Desde 1977 fue profesor en la Complutense, y en 1984 comenzó a colaborar con la Universidad Pontificia Comillas, Universidad en la que en 2003 fundó la Cátedra de Ciencia, Tecnología y Religión, que dirigió hasta 2012, y con la que siguió colaborando hasta su fallecimiento, especialmente gestionando las relaciones internacionales de la Cátedra.

Sería complicado hacer una semblanza detallada de Javier Leach, pero sí merece destacar cuatro rasgos que a nuestro modo de ver reflejan bien quién ha sido Javier y que seguramente también suscribirían

aquellos que han tenido la oportunidad de relacionarse con él en algún momento: su genialidad humilde, su bondad lúcida, su disponibilidad incondicional y su pasión por transmitir que hacer ciencia es una actividad fantástica y que un científico también puede creer en el Dios de Jesucristo con la sencillez y la hondura que él creía.

De su genialidad humilde seguro que cualquier persona que le haya tratado, sobre todo en el ámbito académico, puede ofrecer anécdotas múltiples que lo confirman. Poseyó una cualidad especial para percibir un ángulo de mirada de las cosas que le llevaba a ofrecer ideas singulares. En el ámbito de las relaciones entre ciencia, tecnología y religión, a veces sus ideas les resultaban a algunos un tanto ingenuas por lo poco convencionales que eran o porque él no quería apoyarse en filosofías al uso, aunque las conociera. Pero bastaba una escucha más profunda o un desarrollo más extenso por su parte para que el parecer cambiara. Solía recurrir a una metodología que iniciaba con preguntas que solía repetir y reformular en voz alta y por escrito una y otra vez. Buscaba ejemplos y contraejemplos, argumentos y formulaciones precisas. Con sonrisa socarrona, mencionaba algunos argumentos escuchados o leídos que le parecían ingenuos o falaces. Pero nunca tenía palabras que desautorizaran a las personas. Su carácter le llevaba más a construir que a deconstruir.

De su bondad lúcida nos hemos beneficiado muchas veces y hemos sido testigos de muchas situaciones salvadas gracias a esa bondad sin fisuras capaz de soportar con

una lucidez sencilla pero profunda descuidos y desdenes en el trato por parte de los que trabajábamos más cerca de él. En conversaciones sobre personas, a veces, dejaba traslucir su visión sobre algunas actuaciones. Lo bueno lo subrayaba, lo menos bueno lo trataba con humor. Javier era sencillamente bueno. Se podía constatar en los detalles que comporta el trato de un trabajo compartido y de búsquedas hechas con mucha voluntad y frecuentemente con poco dinero. Facilitaba las cosas y se quitaba de en medio cuando entendía que era bueno que alguien diferente entrara en el ámbito de acción. Pensaba y ofrecía sus ideas con gran generosidad. No temía el plagio, buscaba que lo que hubiera de valioso fuera difundido por quien lo hubiera captado, especialmente si era una persona joven. Le importaba mucho que los jóvenes se interesaran por las cuestiones en las que trabajábamos, era un campo muy importante para acercar la experiencia de la fe en Jesucristo a las personas del mundo de la ciencia.

De su disponibilidad incondicional podrían decirse muchas cosas, algo de lo cual seguramente podrían dar testimonio los muchos estudiantes jesuitas que han convivido con él o las comunidades de CVX a las que tan ligado estaba. Acogía siempre de buen grado las peticiones de ayuda, los cambios de fechas, de hora. De no conocer su ritmo de trabajo, podría parecer que estaba desocupado. Una característica muy propia de Javier era la de acudir a una sesión de trabajo convocada con un objetivo y allí aportar, debatir, formular, asumir la redacción de lo concluido. Pero a partir

de ese momento, perdía todo el interés por las cosas, ya un tanto banales o desordenadas que a veces surgían al final del trabajo. Y no era por prisa, porque siempre estaba dispuesto a acercarse a casa a quien no hubiera llevado coche. Algo para lo que siempre estaba dispuesto era para participar en reuniones científicas internacionales. Le gustaba asistir, hacer relaciones, preparar su aportación y someterla a crítica. Y esa disponibilidad la completaba no reservándose los contactos que hacía para posteriormente pasar a un segundo plano. Nos hablaba del grupo del CEU, de Navarra, Templeton, de ESSSAT, de CLAVIUS... De hecho, la enfermedad le llamó precisamente cuando estaba participando en las sesiones de CLAVIUS, uno de sus grupos habituales, del que hablaba con cierta sonrisa irónica, constituido por un grupo generado en torno a algunos de los jesuitas matemáticos de USA. Javier tejía lazos que acababan ramificándose por India, China o Latinoamérica. No en vano las relaciones internacionales de la Cátedra de Ciencia, Tecnología y Religión, eran una de sus ocupaciones en estos últimos tiempos.

Y el cuarto de los rasgos que mencionábamos es el de «su pasión por transmitir que hacer ciencia es una actividad fantástica y que un científico puede creer en el Dios de Jesucristo con la sencillez y la hondura que él creía». Su convencimiento era sencillamente excepcional. Al respeto incondicional hacia algunos de sus compañeros

no creyentes iba siempre unida la oferta de diálogo sincero sobre estas cuestiones. De la escucha sacaba nuevas cuestiones, nuevas preguntas para seguir elaborando aproximaciones a respuestas desde perspectivas diferentes. En estos últimos años fue afianzando su convencimiento de que la clave de la dificultad para situarse como un científico que cree en el Dios de Jesucristo ante un científico agnóstico o ateo radica en dos aspectos. Uno es el hecho de la diversidad de lenguajes empleados en los ámbitos de ciencia y de la religión. Escribió sobre ello, disertó, a menudo deliberaba con nuevos matices. La segunda dificultad, sobre la que conversábamos con frecuencia, radica en la ausencia de experiencia religiosa en los científicos que hablan sobre las dificultades para vivirse como científicos que creen en Dios. No es infrecuente que muchos lo confiesen y que otros, a menudo los más beligerantes, manifiesten una imagen de Dios basada en una experiencia infantil muy lejana de la que Jesús de Nazaret nos mostró.

El pasado 3 de agosto Javier pasaba a la vida definitiva en la eternidad de Dios. Muchos echaremos en falta su compañía y sus aportaciones, pero asimismo nos queda ya grabado en el corazón el testimonio de una persona de la que entre tantas cosas que se podrían decir lo más importante es que fue sencillamente alguien que «pasó haciendo el bien».